

CICLO DE ENCUENTROS “TRAYECTORIAS”

Ana María Gorosito

Entrevista realizada por
Prof. Soledad Torres Agüero,
Prof. María Soledad Gesteira y
Prof. María Mercedes Hirsch



Desde el año 2008, la Secretaría de Extensión Cultural del Colegio de Graduados en Antropología de la República Argentina lleva adelante el *Ciclo de Encuentros “Trayectorias”*¹. En el mismo, se realizan entrevistas a antropólogos y antropólogas locales y regionales que recuperan, en primer lugar, su biografía y, a su vez, los sentidos construidos acerca de su práctica profesional. Uno de los objetivos principales de este ciclo es poder dejar registro de aquellas historias de vida que han contribuido al desarrollo de la antropología local y/o regional y, por otro lado, aportar a la reflexión sobre la práctica profesional situada de la disciplina.

¹ Son responsables del proyecto Soledad Torres Agüero, María Soledad Gesteira y María Mercedes Hirsch.

Actualmente las entrevistas realizadas están disponibles en la página web del Colegio de Graduados². En este número, hemos incorporado la entrevista realizada a la antropóloga Ana María Gorosito durante el mes de noviembre de 2008, en la Ciudad de Buenos Aires.

Ana María Gorosito Kramer es antropóloga social. En 1977 se radicó en Misiones y es docente e investigadora de la Universidad Nacional de Misiones. Hasta 1990 sus investigaciones y trabajos de campo estuvieron fuertemente vinculados al estudio de relaciones interétnicas entre la sociedad nacional y las poblaciones aborígenes, especialmente en referencia a los Mbya guaraní en Misiones.

En la década del 90, se vinculó más intensamente con temas relativos a la problemática educativa, siempre en la cuestión de las relaciones entre sociedad nacional y sociedades indígenas, y en los estudios culturales vinculados a la emergencia de nuevos sujetos sociales y sus modalidades de manifestación en la agenda pública. Desde 1998, desarrolla proyectos de investigación vinculados a temas relativos al patrimonio, con especial referencia a las misiones jesuíticas: el último de ellos (2005/2008) sobre la historia social de la localidad de Corpus (Misiones), desde el periodo jesuítico hasta la actualidad.

Ha publicado trabajos sobre relaciones interétnicas, sociedades indígenas y culturas subalternas, y ha participado en congresos y reuniones científicas sobre estos temas, en el país y en el extranjero.

Desempeñó cargos vinculados a la organización académica universitaria y revistó como miembro de diversos cuerpos colegiados de la Universidad Nacional de Misiones. Ha integrado el staff docente de posgrados que se dictan en la Universidad Nacional de Misiones y en la Universidad Nacional del Nordeste. Se ha desempeñado en cargos públicos vinculados a la enseñanza y la protección de sitios patrimoniales y organizó la Editorial Universitaria de la UNaM. Participa habitualmente en actividades de transferencia y de divulgación científica.

En el último semestre de 2008, las entrevistadoras cursaron un seminario con Ana María en el marco de la Maestría de Antropología Social dictada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Hacia el final del seminario la invitaron a realizar un encuentro en el marco del Ciclo Trayectorias y ella aceptó de inmediato. Durante su estadía en Buenos Aires se hospedaba en la casa de una colega, Susana Margulies, y fue ella quien amablemente ofreció su casa como lugar para llevar a cabo el encuentro.

2 http://www.cgantropologia.org.ar/videos_ciclo_trayectorias.php.

Es un día caluroso de fines de noviembre. Susana y Ana reciben cálidamente a las entrevistadoras, se acomodan en el living y toman algo fresco. Ana se ubica en un amplio sillón y las entrevistadoras, enfrente. El encuentro se realiza en un clima distendido. En su relato Ana comparte decisiones fundamentales en su vida, como la radicación en Misiones, y reflexiona sobre la práctica profesional de la antropología.

Ana María Gorosito: Nací en Comodoro Rivadavia, yo soy patagónica nyc, que quiere decir nacida y criada, porque efectivamente viví en el sur de la Patagonia hasta que llegó el momento de ir a estudiar afuera, que era algo que todos los que hacíamos el Bachillerato en Comodoro Rivadavia esperábamos ansiosamente porque era... qué sé yo, la vida, ¿no?, elegir una universidad grande, la gran ciudad. Y mi familia no tenía nada que ver con la antropología. Yo formo parte de esa generación de argentinos que vienen de familias de clase media baja, de esas familias en ascenso, digamos, durante el período peronista. Así que soy, como muchos otros de mi edad, la primera universitaria de mi generación, de mi familia, digamos, ¿no? Después, ustedes eso lo ven hoy quizás como algo más universalizante y universalizable, pero no lo era, tiene mucho que ver con esas trayectorias ascendentes de las familias argentinas, en el caso mío, ligada a YPF y al petróleo. De ahí, supongo, que viene ese fuerte sello que yo le pongo a la participación del Estado en una distribución más equitativa de la producción social. Es decir, porque mamé eso, esa especie de socialismo de Estado que vivíamos los que nos criábamos en el medio petrolero argentino del sur del país.

Para mí la entrada a la Antropología fue ese patio que viene después de la sala del museo (el Museo Etnográfico de la U.B.A.) y que en aquel momento tenía réplicas de estelas y unas canoas, que no sé si eran réplicas o eran auténticas, y ese verde... Y bueno, eso me conquistó el corazón. Y fue así que decidí largar todo lo demás y meterme en Antropología. Y obviamente hice una carrera muy rápida porque realmente ese era mi interés, yo encontré que ese era realmente el lugar en el mundo que me había esquivado tanto su rostro durante los años anteriores. En mi casa era: "Pero Ana va al fracaso. ¿Cómo? ¿No era que iba a ser abogada? ¿Qué le pasa? Y ahora está escribiendo. ¿Qué se le ocurre?". Yo era, en ese momento, la gran duda de mi familia que había apostado a que yo fuera la universitaria de la familia y de golpe me venía con estas inquietudes vocacionales, ¿no? (*sonríe*). Así que, ya era grande y eso justifica por qué una vez que estoy ahí, me doy cuenta de que es mi lugar y le meto, le meto con todo y me pongo a trabajar. A pesar de que quería hacer Antropología, no estaba muy interesada en seguir ninguna de esas tres ramas que se estaban ofreciendo en ese momento en la carrera (Etnología, Arqueología y Folklore). Dos, porque eran profesores muy abiertos, pero no me interesaba mucho lo que hacían. Y el otro, por ahí, era un grupo muy cerrado y por otros ingredientes que hacían que yo no quisiera comprometerme en esas líneas de trabajo y en esas líneas de pensamiento. Pero, en ese desarrollo, aparece que se está creando la Universidad Nacional de Luján y se crea con una perspectiva que era extraordinaria para la época. Hoy quizás es aceptada con mayor facilidad en mi propia universidad. Hoy la Universidad de Misiones tiene eso, en aquel momento no, era muy

discutido, y consistía en el ingreso directo de personas de más de veinticinco años que no tuvieran el secundario completo. Era toda una transformación del ingreso a la universidad, que creo también que tiene también mucho que ver con esa transformación del alumnado que está viniendo de sectores sociales más bajos y que bueno, termina de completarse con esto. Es decir, el secundario no es una posibilidad de acceso universal en las condiciones reales de la vida social, entonces la universidad sí, se abre y complementa a esas personas que han tenido que hacer otros circuitos laborales en lugar de terminar sus estudios secundarios, pero que desean incorporarse a la universidad. Así que fue muy lindo poder incorporarme a ese staff que se llamaba... alguna parte de ese staff que era el "Ciclo de Estudios Generales", que consistía en un conjunto de materias en las que poníamos a punto, digamos, a esas personas adultas que completaban su formación en el ciclo y luego seguían las especializaciones que ofrecía la universidad. Nosotros éramos muy serios y estábamos apostando muy fuerte al proceso de cambio social que la Universidad de Luján acompañaba en ese momento de gran optimismo histórico, ¿no? Bueno, al profesor titular, Reynaldo Pérez Urbizu, le avisan unas horas antes que deje su casa, porque la Triple A se la dinamita, le ponen dinamita en las columnas de la casa, se viene abajo y marcha rápidamente al exilio, y yo no volví a encontrarme nunca con él. La experiencia de trabajo con Mario Margulis en Filo también termina en una manera abrupta, le dicen lo mismo, que se vaya, bueno, con algunos insultos que no voy a reproducir. Y se va a Venezuela y después a México y los dos me proponen: "vamos, vamos". Y yo no tenía un mango, era una... apenas estaba comenzando mi carrera y... "¿A dónde querés que me vaya?" No tenía estructura, ni social, ni económica, ni intelectual, ni nada, para irme a ningún lado, ¿no? Fue un momento de extraordinaria confusión, pero tuve mucha suerte de tener grandes amigos. En ese momento yo había comenzado a trabajar en la Universidad de Mar del Plata, era una especie de trabajadora migrante de la cultura, yo me definí así porque vivía en los colectivos, ¿no?, dando clases para las regionales de la Universidad de Luján, para ir a Mar del Plata. A Mar del Plata íbamos los lunes en la mañana en tren con el queridísimo, queridísimo Carlos Herrán, preparábamos nuestras clases en el tren. Y en una de esas, un día me dice Carlos, "mirá, Leopoldo Bartolomé"... que era como una figura señora, les digo, ¿eh? Para mi promoción de Antropología, Leopoldo Bartolomé y Eduardo Menéndez eran como dos referentes utópicos, ideales de lo que debía ser un antropólogo, no teníamos la más pálida idea de lo que debía ser un antropólogo y quiénes eran realmente estos tipos, ¿no?, pero figuraban así, como "Ah, ¡no sabes qué geniales, qué inteligentes!" (*sonríe*). Entonces, cuando me dice: "Leopoldo Bartolomé me invitó a ir a Misiones", me dice Herrán, "a integrarme al segundo año de la carrera de Antropología Social". Otra cosa rara que existía, pero, realmente, qué era, ¿no? Y dice: "Me voy. ¿Y a vos te interesaría irte?". Y yo le digo: "Y, sí". Cosa tan lejana que, qué me iba a pasar, pero fue, efectivamente ¿no? En ese clima espantoso, caótico, de amedrentamiento, de terror, mayo de 1977, recibo una cartita de Bartolomé (que todavía está guardada en mi archivo, mi archivo tiene todo), y me invita ahí a irme a Posadas.

Para ponerse a tono con ese plan de estudios, de esa otra Antropología, había que estudiar muchísimo. Por supuesto que las condiciones socio-políticas

de la época favorecían esto, ¿no? Vivíamos encerrados en pequeños grupos donde el trabajo ocupaba absolutamente todo nuestro día. Había que crear una bibliografía, para crear esa bibliografía teníamos el repertorio magnífico que era la biblioteca de Leopoldo, pero estaba en inglés, o sea que había que traducir, tipear estencils, en fin... Hace poco yo tiré los últimos de esos textos, los guardé mucho tiempo, pero ya no tenía lugar donde y tiré los últimos materiales justamente que produjimos en esa época de muchísimo trabajo y de una relación muy intensa. Digo, éramos Facultad de Ciencias Sociales. En el 80 yo tengo la suerte de poder salir a formarme afuera y ahí se produce, justamente cuando yo no estoy, gracias a Dios, me la perdí, un nuevo golpe de furca en la Universidad Nacional de Misiones y se funde Ciencias Sociales con Humanidades, ¿no? Y eso determinó bastante de la pérdida de empuje institucional que teníamos la gente de Ciencias Sociales. Como el caso de Antropología, todos veníamos de afuera, es decir, teníamos pocos enlaces familiares tradicionales locales, y bueno, eso incidió en que luego, posteriormente, tuvimos poca chance de seguir incorporando nuevos cuadros, renovar cuadros, de incorporar a los formados dentro de los staff académicos. De manera que hoy, por ejemplo, cuando muchos de nosotros nos estamos jubilando, ya algunos se han jubilado, no podemos contar con los equipos que hemos formado, porque los formamos pero, a su vez, protagonizaron nuevas diásporas, no pudieron quedarse porque la universidad no los retuvo, ¿no? Los sesgos que fueron teniendo, creo yo, las políticas educacionales en general en Argentina y, en el caso de las universidades nacionales en general y de universidades chicas en particular, realmente está produciendo un efecto deletéreo, es decir, una pérdida de la carrera en ciencia y tecnología. Así que la experiencia nuestra, vital, en realidad se inscribe dentro de una experiencia general que tiene la institucionalidad argentina y sus sucesivos ahogos económicos.

Esta Antropología Social medio..., hecha con cierto nivel de clandestinidad que empezamos a practicar en Misiones, requirió bastantes estrategias para seguir floreciendo, ¿no? Algunas estrategias que tenían que ver con lo que podían ser los controles burocráticos que desde el Ministerio de Educación se hacían sobre todo lo que hacíamos los docentes en las universidades del interior y que no sé si todos los colegas supieron que se manejaban dentro de esos esquemas. En nuestro caso, sí era claro. ¿Por qué? Y bueno, porque el decano de nuestra pequeñísima Facultad de Ciencias Sociales tuvo el gran mérito de compartir con nosotros las limitaciones en medio de las cuales nos movíamos. Unas eran burocráticas, las otras eran del lenguaje que podíamos usar, inclusive con nuestros alumnos. Una anécdota: no me acuerdo a santo de qué... y posiblemente en la cátedra de Económicas que compartía, presidida por Bartolomé, en un momento dado, lo recuerdo tan claro, yo digo: "Si, porque Marx..." Y ¿ustedes saben qué hicieron todos los alumnos? Hicieron así (*gira su cabeza rápidamente hacia la izquierda*) y miraron todos a la puerta. El nombre, nada más, motivaba esa reacción. Bueno, hubo otras anécdotas, esto no es solamente una solita así perdida, pero quiero decirles, como un indicador de que también había como un temor social a que se dijeran cosas que no se debían decir y no se debían escuchar y que era mejor que no se dijeran y no se escucharan. Entonces esto también marcaba cierta limitación, digamos, dentro de lo que

podíamos hacer en la universidad, y que para mí saltó con muchísima más claridad cuando me fui a Brasilia a estudiar allá. Yo tenía como carga académica crear una materia, que ya tenía nombre y objetivos en el plan de estudios, que era Contacto Cultural y Relaciones Interétnicas. Para mí el tipo que sabía de eso en América Latina era Roberto Cardoso de Oliveira, daba clases en Brasilia, busqué de irme a formar con él en ese tema. Improvisé un primer programa en el año 79, está en el archivo, no quiero ni mirarlo porque imagino que me voy a morir de vergüenza (*sonríe*), pero era lo que se podía hacer en ese sentido, o lo que yo podía hacer en ese momento con todas mis limitaciones, y me voy... Y dentro de la bibliografía que tenemos que manejar en los distintos seminarios de Brasilia... (les recuerdo que Brasil también estaba con una dictadura...) hay que leer, otra vez, *El Capital*. Lo retiro de la biblioteca, lo guardo entre otros libros, y medio que lo escondo y voy caminando así por el campus con mi libro escondido, y de golpe, caigo en la cuenta: "Yo no estoy más en la Argentina, yo estoy en Brasil, ¿no?, ¿qué estoy haciendo?". Inmediatamente lo di vuelta, lo puse bien a la vista, e inmediatamente pensé que yo también había internalizado esos temores, temores que mis alumnos habían manifestado aquel día cuando dije "Marx" en la clase, y todos miraron a la puerta, que nadie nos oiga, ¿no? Yo lo había internalizado, de alguna manera, cuando escondo los libros para que nadie los mire. Bueno, duro efecto de los procesos dictatoriales, cuando uno no necesariamente es una víctima física del proceso, pero recepciona el terror y la autocensura. Uno se come al gendarme, lo lleva dentro, se controla, a punto de amputarse a sí mismo la facultad de pensar y la defensa de la libertad de leer lo que uno crea que es necesario leer en un contexto académico.

Aquellas primeras universidades regionales o locales surgen también dentro de una política de Estado, es decir, porque se las llamó en su momento las universidades de Manrique. Y ¿qué proyecto fue ese? El proyecto era descentralizar a la masa estudiantil, que en la época de mi primera formación convergía en unas pocas universidades: Córdoba, Buenos Aires, La Plata, la UNE en Corrientes. Entonces, esa gran masa estudiantil, sobre todo concentrada en los comedores universitarios, había sido el foco de grandes movimientos de protesta de lo que entonces se esperaba como, digamos, la alianza revolucionaria obrero estudiantil. ¿Cómo se rompía esto? Y bueno, satisfaciendo las necesidades de las burguesías locales de tener sus propias universidades. Así aparecen un montón de universidades de éstas, la Nacional de Misiones va a ser una. Lo que no se refuerza es el presupuesto para esta creación. Entonces vos, simultáneamente, tenés una población estudiantil que ya no se va a trasladar, desarmás la cuestión de la masividad y, de paso, ya que estamos, se debilita presupuestariamente al conjunto de las universidades.

Entrevistadoras: ¿Cuáles fueron las nuevas materias que hacen la diferencia con el plan de estudio de la UBA, además de Antropología Económica?

AMG: Antropología Política, la propia Contactos Culturales y Relaciones Interétnicas, Antropología Cognitiva y Simbólica era otra materia que tenía que dar... En aquel momento también me hice cargo, era cuarto año, Antropología Social de la Argentina, lo cual era un problema, ¿dónde había antropología social

de la Argentina? Hugo Ratier era la antropología social de la Argentina... ¿Qué más había? El trabajo del propio Bartolomé sobre movimientos milenaristas y mesiánicos en Chaco. Era... era toda una historia armar un programa semejante, así que también ahí me las arreglé, compaginé alguna cosa, que pasaba más por una historia social argentina que por una historia de la antropología, porque no había demasiados recursos bibliográficos para eso. Hoy yo creo que el plan de estudios de la UBA se parece, se acerca bastante, a lo que fue aquel plan de estudios nuestro, con el que comenzamos nosotros en Misiones.

En el momento en que se crea la Facultad de Ciencias Sociales, es posible que haya nombres que no te mencioné, porque Ciencias Sociales era el germen futuro de carreras a crearse, como Sociología, que después con el Proceso quedan absolutamente anuladas en su posibilidad de seguir desarrollándose. Hubo gente que marchó al exilio, como Carlos Okada que luego regresó y se integró al Departamento de Antropología. De los que quedaron junto a Leopoldo Bartolomé, un antropólogo que yo no llegué a conocer, Eduardo "Mumo" Archetti, que después salió a México y falleció hace un tiempo. También el sociólogo Dionisio Baranger, una personalidad bastante reconocida en el campo de la metodología. Carlos Herrán se incorpora a comienzos de 1976. Yo aparezco en el 77, algunos meses después viene de Rosario Leonardo Figoli, en este momento es profesor titular en Minas Gerais, vive en Belo Horizonte, Brasil. Al año siguiente se incorpora Roberto Abínzano, que como otros sufrió muchísimo alejarse de Buenos Aires. Yo cité hace poquito a Mario Margulis. Nunca me hubiera imaginado, conociendo a Mario, que él hubiera siquiera pensado en irse de su hermoso departamento, dejar sus hábitos, su tetera de cerámica y su gato, y tuvo que hacerlo y salir de Buenos Aires, y bueno, rehacer su vida en otros paisajes urbanos. Roberto Abínzano era esto también, y él lo confiesa, él era un porteño que jamás se hubiera pensado, imaginado siquiera, en otro espacio que no fuera su muy querida Buenos Aires, pero ante la evidencia de la desaparición física de sus amigos, su círculo de relación, su geografía conocida y amada, chau, se tuvo que ir también, ¿no? También de Rosario se incorporaron Guillermo López y Judith Kohen. Con el tiempo fue para allá Rosa Dierna, que creo que en este momento está viviendo en Perú. Otra incorporación fue Carmen Ferradás, que ahora está en Estados Unidos, más tarde Fernando Jaume y Marta Rombo. Bastante después, cuando vuelven de Costa Rica, Enrique Martínez y su mujer Lila Sintés, más o menos, éste es el... Pero es cierto que Enrique y Lila vinieron después de que se restauraron los tiempos democráticos, o ahí, al filo, es decir, cuando ya la dictadura estaba aflojando.

E: Y la mayoría egresados de Buenos Aires...

AMG: La mayoría, sí, la presencia rosarina fue, y sigue siendo, todavía escasa.



“Nos peleamos por un platito muy mezquino de maíz”
[Sobre la práctica antropológica]

AMG: Esta ya no es mi lucha porque obviamente ya estoy demasiado jovata para seguir poniéndole el cuerpo, ya le puse el cuerpo a muchas luchas, basta. Ahora que vengan los más jóvenes y sigan el camino hacia donde creen que la sociedad va, ¿no? Porque también es esto, no tiene mucho sentido el seguir pensando en utopías irrealizables, ¿no? A lo mejor, efectivamente, los proyectos sociales están caminando hacia otros lugares que yo no alcanzo a comprender bien. Reconozco esto, hay una limitación en mi origen social, en mi formación, en el conjunto de las ideas que mamá, y, por lo tanto, en cómo desarrollar también expectativas posibles, pero cuando es evidente que esto no es compartido, o sólo puede ser compartido a nivel verbal, qué puedo hacer con todo ese caudal. Bueno, recluírme a escribirlo, por ejemplo, eso, escribirlo, transmitirlo en el seno de las personas que pueden comprenderme, charlarlo, ni siquiera imponerlo, charlarlo, charlarlo con los que confían en mí en el proceso de formación. Y entonces implica intercambiar ideas, pero los tiempos de las personas son tiempos que describen una elipsis y yo estoy ya bajándome de la elipsis. Muchas veces digo esto, hay un momento en que uno va caminando hacia la cima y la imagina de alguna manera, qué paisaje va a ver desde la cima, pero yo ya estoy en la bajada, es decir, que cada vez voy teniendo menos capacidad de ver el paisaje en su conjunto, tengo que ceder, reconocer, que los que vienen detrás mío pueden ver mejor el paisaje. No incorporo, digamos, de ninguna manera la verdad absoluta, o la pretensión de la verdad absoluta de lo que digo y veo, veo desde mi lugar en todo caso, es así, ¿no? Entonces esta parábola no estuvo mal, podría haber sido mejor pero no estuvo mal, ok. También me dio el cuero para eso, es decir, estoy dotada de una cantidad “ene” de talentos. Mientras uno hace la bajada de la ladera también descubre que, de golpe, no está mal el contingente de talentos que uno cargaba en la mochila, pero que no eran todos los talentos que uno creía tener. Ahora, está buenísimo saber que algunos eran realmente talentos, algunos solamente, ¿ok? (*sonríe*), esto es lo que yo traía conmigo y se desplegó, listo, nada más que eso.

Voy a usar términos que vienen de mi experiencia concreta. Teníamos en mi generación (es decir, esa formación fuerte en los años 70, comienzos de los 80, que marcan el ingreso a esto, a mi vocación, a ser antropóloga) una absoluta confianza en que otra manera de hacer ciencia, es decir, desde otros encuadres, prestando atención a los fenómenos de lo que hoy llamamos “los sectores sociales subalternos”, iba a revertir, digamos, los procesos de injusticia social. Para decirlo así, rápidamente, ¿no? Y que ese trabajo se tenía que ejercer con el mejor nivel que pudiéramos desde el punto de vista científico, pero no aspirando a instalarlo como logro científico, sino a instalarlo como documentos de aporte a la transformación social. Esto, en realidad, creo que formó parte de los muchos trabajos que hice, ya en el Proceso y ya en Misiones, cuando, por mi condición de profesora con dedicación exclusiva, tengo la obligación de presentar proyectos de investigación. Todos nuestros proyectos de investigación estaban ligados a problemáticas misioneras concretas, por otro lado muy escasamente trajinadas, digamos, por los antecedentes científicos. No había casi trabajos, la mayoría eran de sociólogos y, en mi caso particular (siempre juego con esto de mi subalternidad relativa), bueno, yo llego después que el *petit* comité de la Antropología estaba formado, soy la única mujer, entonces me dicen: “Ah, bueno, acá vino un pedido para que se haga un diagnóstico sobre la población indígena, ese tema te toca a vos”... sabiendo que, en realidad, todos habíamos desarrollado cierta tirria, cierta tirria a hacer etnografía indígena, por la fuerte carga que eso había tenido en la formación de Buenos Aires. O sea que yo estoy en una posición subalterna, una posición de género que marca mi subalternidad y además me mandan a elegir un tema subalterno, ¡qué problema! ¿no? ¡Qué casualidad! Bueno, ahí realmente trabajé durísimo, produje muchísimas cosas, todas iban como informe de investigación y simultáneamente iban a la dependencia que tenía la cuestión indígena en sus manos, el Ministerio de Bienestar Social, que después cambió de nombre pero básicamente era eso. Y, sistemáticamente, mis trabajos eran cajoneados e ignorados, como lo siguieron siendo durante mucho tiempo y diría como lo siguen siendo hoy. El divorcio entre nuestra intencionalidad, nuestra producción escrita, y la receptividad que tiene por lo menos en algunos niveles del Estado, y muy claramente en el caso del estado provincial misionero, es total, es radical. Mi realidad es la misma de muchos otros compañeros, no la de todos, posiblemente, pero sí la de muchos otros compañeros. Entonces, te diría, hemos apostado muy fuerte en Misiones, la mayoría de nosotros, los viejos, a una producción que fuera sistemáticamente académica y política. En este sentido de política, de inserción en procesos de transformación social, y hemos sistemáticamente sido ignorados o usados como pretexto, justamente para hacer cosas que no tienen nada que ver con lo que nosotros estábamos diciendo. Digo, de nuestro grupo, creo que por ahí las generaciones más nuevas son más pragmáticas y han elegido otros caminos, que pueden ser el reconocimiento académico, y el resto no les importa nada, ¿no es cierto?, o insertarse en las estructuras políticas y hacer carreras políticas donde poco tiene que ver la formación académica. Este es otro asunto que tiene que ver con frustraciones, es decir, hemos sembrado en el agua. El problema, creo, no es la antropología académica y la famosa torre de marfil, que en realidad es de un cemento muy berreta, porque no hay torre de

marfil, no hay posibilidad de aislarse magníficamente, sino que hay un Estado que genera los puestos de trabajo, pero no los sitios de incorporación real del antropólogo o de cualquier otro científico, no exclusivamente social. Si vos, en vez de entrevistarme a mí, entrevistaras a alguien, qué sé yo, formado en geología, te va a decir su mismo drama, y si entrevistás a alguien que tiene que ver con ingeniería vial, te va a decir lo mismo. Es decir, es un aparato de Estado que gradualmente fue cambiando después del 55 a una perspectiva donde las poblaciones importan poco, o importan como pretexto. Pero entonces, si por un lado tenés a los profesionales que el propio Estado forma en las universidades públicas para establecer ese enlace, para tener un proyecto nacional a largo plazo, y por otro lado el Estado no usa esos recursos, se trata de un divorcio que está en el aparato de Estado, ¿no?... nada más que ahí, y en la clase de gente que recluta para formar sus elencos, ¿no? Yo creo, y hablando, por supuesto, muy ligeramente, porque nunca me involucré demasiado ahí en el INAI (Instituto Nacional de Asuntos Indígenas), creo que el drama del INAI es ese. Se ha ido abriendo progresivamente, incorporó las voces indígenas, ha incorporado antropólogos, pero el resultado de todo eso es nada, es una gran maquinaria que se va comiendo todas esas posibilidades de apertura. Las personas están, faltan los canales de instrumentación de aquello que se impone como una necesidad de transformación, se habla en el discurso público de la transformación, pero el aparato es terriblemente pesado.

Digamos que esto podría ser contrarrestado, de otra manera, y esto hablando siempre en términos muy voluntaristas y muy de posibles, de capacidades no realizadas todavía, si por otro lado los antropólogos nos hubiéramos aliado un poco más fuertemente para instalar temas de agenda pública, como solemos decir. Me irrita profundamente que jamás nos convocan para hablar de temas que tienen que ver con nuestra formación, y que se suela convocar a gente consagrada, digamos, por otros caminos. Bueno, algunos son profesores eméritos o consultos de la universidad, es gente que habla siempre, opinan sobre todo, pero que realmente son generalistas, los antropólogos no tienen espacio de interlocución. También he visto, algunas pocas veces, cuando vi a los colegas en los diarios, por ejemplo, hablando de algunas cuestiones que tienen que ver con problemáticas sociales contemporáneas, cuidan tanto su lenguaje para seguir insertos dentro de los moldes del discurso académico, que se olvidan que el lenguaje mediático es otra cosa. Entonces llenan su discurso de muchos "como si...", "tal vez si...", es decir, de formulaciones condicionales, hipotéticas y sometidas a prueba, es decir, refutables porque en tal caso son científicas, con lo que debilitan totalmente sus posiciones. No hay una comunidad antropológica fuerte atrás que respalde discursos bastante más eficaces en materia de introducir, no problemas, sino miradas sobre problemas que estén demostrando una antropología social con... ¿cuántos años ya de democracia? Veinticinco años de democracia, ya deberíamos estar produciendo esto. Quizás estén en el camino de producirlo ustedes, los del Colegio de Graduados, apuesto a que eso sea así, por favor tiene que ser así. Entonces tenemos, por ahora, cuerpos académicos separados por rencillas, muchas de las cuales tienen que ver con los ahogos presupuestarios, más que con posturas teórico epistemológicas diferenciales. Yo creo que lo que hoy nos separa no son las cuestiones teóricas,

es más, no somos capaces de decir a qué escuelas o tradiciones estamos ligados realmente porque las ignoramos, porque ese no es un tema de discusión en nuestros congresos, escapamos a esa discusión, pero estamos peleadísimos, esto forma parte del folklore antropológico, actual y anterior, ¿no es cierto? ¿Qué nos separa? Y... nos separan rencillas generadas por la falta de... o por los caminos escasos para llegar a los recursos en materia de investigación, o por la falta de cargos en una estructura de cargos en las universidades que no se renuevan en la medida que se tendrían que renovar; o por un mercado editorial bastante pobre, por una dificultad tremenda de llegar a los mercados editoriales internacionales. Entonces nos peleamos por un platito muy mezquino de maíz, ¿sí? Si tuviéramos conciencia de esto tendríamos también, inmediatamente, que tomar conciencia de que solamente uniéndonos podemos aumentar la cuota de maíz disponible para repartir. Me parece que no queda otra que la organización, la confianza absoluta de que una disciplina como la que practicamos tiene una posibilidad de diagnóstico y transformación, eso nos tiene que unir. Es decir, uno produce trabajo académico para que lo juzguen los académicos, pero ese trabajo académico después tiene que tener, de alguna manera, síntesis comprensiva y sobre todo, esto, de apertura, de comprensión para aquellos públicos a los que uno puede llegar. Te digo, para mí, especialmente la televisión es el gran canal hacia el público, el gran canal, no hace falta estudiarla creo yo, hace falta tener sentido pedagógico y también un sentido de lo que falta conocer. Quizás también, mucho amor por lo que uno hace, pero eso lo descuento, ¿no? (*sonríe*). Los antropólogos, se supone que amamos lo que hacemos, si no, no sé qué estamos haciendo acá, ¿no? Claro.

Entonces, sí, es un tema complejo, como vos marcás, pero a mí me parece que hay suficientes investigadores senior ya, en la antropología argentina, como para que este desafío se pueda asumir, ¿no? Y no para implicarse en rencillas menores al interior de los aparatos de ciencia y técnica, y de los organismos de financiación, y de las posibilidades de publicación, que, me parece, es lo que se está llevando demasiada energía de nuestra parte, no hay que prestarle tanta atención ya a eso.

Del 83 para acá en nuestros congresos se organizaba una mesa sobre “El rol del antropólogo” y ¡yo qué sé! (*sonríe*)... Te voy a contestar como Warren, ese personaje de Les Luthiers al que le preguntan: “¿Cuál es el misterio de la vida? Y él responde: “Y yo, ¿qué sé...?”... Pero también puede decir “Y yo, que sé, no te la voy a decir, porque es tan profunda que no puedo develarla” (*risas*). No, no... ¡Qué sé yo!.... Ahí, generalizar una experiencia me parece que no es correcto, no, no... La experiencia es un proceso de tiempos y los tiempos cambian, mi experiencia es una experiencia situada... ¡Qué sé yo!... Lo que sí sé es que el antropólogo tiene enlaces sociales necesarios; por un lado, es producto de cierto estado del conocimiento, ¿no es cierto?, y de ciertas exigencias que le vienen, justamente, durante el período de su formación. Por otro lado, se integra a una disciplina hecha por muchos y que es el resultado, más pobre o más rico, de ese conjunto, más allá de las peleas que internamente visualicen los actores, esa antropología argentina es el resultado del conjunto, y ahí tenés un colectivo. Y luego la otra cuestión, si el antropólogo social preferentemente destaca los procesos sociales como foco de su estudio, entonces ahí hay otro lazo

que lo conecta a las colectividades que también forman parte de su definición. Entonces, él está anclado en un mundo de colectivos que lo van a demandar de distintas maneras. Y creo que el rol del antropólogo es responder con lo mejor que tiene de su formación, de sus contingentes talentos, con los que pudo haber sido dotado genéticamente ahí (*sonríe*) y en su formación, para responder de la mejor manera que pueda a esas solicitudes, nada más, el resto es biografía.

“¿A quién le denuncio esto?”
[Sobre las asociaciones profesionales]

AMG: Vos sabés que yo tengo todavía guardadito el antiguo carnet del Colegio de Graduados, de socia del Colegio de Graduados, de un momento, digamos, bastante interesante en la historia argentina, cuando todo era posible, estaba ahí, el tema del cambio social y demás. Bueno, después todo se deshilacha, se cae, muere. Pero en ese contexto de una Antropología que estaba más bien en proceso de hacerse que como cosa realizada, es decir, cuando yo estudio Antropología, la gente de mi generación estaba demasiado cerca de lo que es el inicio de la carrera, no podía haber consolidación académica tampoco, y mucho menos con el clima teórico político de la época, ¿sí?, que también estaba dividido por pequeñas mezquindades, ¿no? Por ejemplo, yo hoy mencioné a Lafont. Ciro René Lafont, que pagó muy duramente, en términos académicos y en términos laborales, y hasta diría también en términos de persecución (hay muchas maneras de perseguir a un científico), porque hizo un viaje a Cuba durante el camporismo, eso se lo cobraron de una manera durísima después. Entonces, estamos en un momento en los 70 donde no se podía esperar gran cosa del Colegio de Graduados, ¿no? Estaba apenas comenzando el fermento de algo que podía llegar a ser...

Así que... bueno, ¿qué encuentro en Brasil? Por supuesto que encuentro otra cosa, porque hay una tradición disciplinaria que hunde sus raíces bastante atrás, son raíces, digamos, muy prestigiosas, internacionalmente muy prestigiosas. Piensen en influencias como... sin ir más lejos está por cumplir cien años, si no los cumplió hoy, Claude Lévi-Strauss. Bueno, fíjense, ligada a qué otras tradiciones se organiza la antropología contemporánea en Brasil, que tuvo un aporte importante en inyección de fondos internacionales para la formación de sus cursos de posgraduación. Y, cuando viene la dictadura, yo creo que realmente no penetró demasiado profundamente en las estructuras académicas de las universidades brasileñas, a diferencia de Argentina. Una dictadura que secuestró gente, sí, pero, muy posiblemente no al nivel masivo que nosotros reconocemos en Argentina, que instaló algún reglamento de control de las conductas, sobre todo estudiantiles, un reglamento que se llama AI5, muy represivo de las ideas y de las actividades colectivas, en el estudiantado y en la juventud en general. Pero insisto otra vez más, no interviene, no altera las estructuras académicas que siguen con su propia dinámica interna. Entonces, cuando yo tomo contacto con esto, llegué el 11 de marzo de 1980 a Brasil, me encuentro con una academia que era muy fuerte por los nombres que tenía dentro, piensen ustedes, Darcy

Ribeiro. El primer congreso de la Asociación Brasileira de Antropología al que yo voy, que fue en San Pablo, creo, en el año 81, una de las personas que iba a estar ahí era Darcy. ¿Y Darcy Ribeiro quién fue? Un antropólogo o un etnógrafo, pero además un estadista, que en su periplo sudamericano contribuyó a formular o reformular políticas en materia de educación, fíjense, no era cualquier cosa. Bueno, y otros nombres, nombres importantes, nombres conocidos, nombres que han marcado, justamente, estas cuestiones, enfoques teóricos y disputas teóricas, no disputas presupuestarias sino disputas teóricas. Y que tenía entonces, en ese momento también dictatorial, absolutamente consciente de su inserción social, vocación de agenda política y de marcar agenda política. Cuando yo digo absoluta conciencia de su inserción social, ¿de qué estoy hablando? El reclutamiento de esos intelectuales brasileños en el campo de la antropología, y posiblemente en otros campos, no se hace de sus clases sociales en ascenso, como lo dije para la Argentina, se hace por sectores distinguidos de las clases medias y altas de Brasil: es otra inserción social, están partiendo de posiciones previas de poder, capitalizándolas para nuevos discursos, pero donde no tienen que pelear su lugar en el poder, ya está dado. Piensen ustedes en las trayectorias de los nombres que conocen más prestigiosos de la antropología brasileña, y no son hijos de un trabajador del petróleo y de una señora que es ama de casa, vienen de otros lugares de la estructura social, tiene mucho que ver esto, gente. Ahora, tiene que ver con esto, con el espacio de poder, no necesariamente con el discurso, porque el discurso público de la Asociación Brasileira de Antropología (ABA) ha sido realmente de defensa absoluta de los derechos humanos, y derechos fundamentales, como, por ejemplo, el tema de la reforma agraria. Muchos de los compañeros que yo conocí en el periodo 80-83, luego, con el advenimiento de la democracia, participaron muy abiertamente en el proceso de "directas ya", es decir, abajo la dictadura, elecciones directas ya. Luego, se incorporan a las estructuras del Instituto Nacional de Reforma Agraria. Aún hoy siguen peleándola. Se comprometieron con el aparato de Estado, ¿por qué?, porque previamente habían ganado ese lugar desde la ABA. Entonces, aquí, en Buenos Aires, nosotros tenemos en la UBA y en Puán a la gente de la Universidad Federal Fluminense, uno de ellos, Kant de Lima, el Dr. Kant de Lima, ese grupo, por ejemplo, es un grupo hoy responsable de la dinámica que tiene el avance sobre el aparato de Estado en materia de derechos humanos, de seguridad pública, de políticas públicas, es otra posición.

E: ¿Qué pensás con respecto a la matriculación o los debates que existieron en otro momento?

AMG: ¿La matriculación sería una especie de reglamentación acerca de las condiciones del ejercicio laboral?

E: Sí, incumbencias...

AMG: No. Yo no creo que sea necesario por ahí. No, no, vos sabés que no me parece un camino necesario.

E: ¿Y cómo se establecerían las sanciones?

AMG: Hasta donde vi, inclusive en Brasil, la sanción es moral, no hay otra índole de sanción. Pero cuando tu formación amerita pertenencia, como en este caso, a un círculo académico profesional fuerte e importante, cuyas opiniones pesan socialmente, entonces, la sanción moral no es tan liviana. El que seas públicamente expuesto como una persona dispuesta a producir informes, en función de los intereses pasajeros que juegan en el asunto, eso, implica una importante sanción moral porque te desmerece como sujeto, como profesional y como científico. Pero tiene que estar este cuerpo fuerte primero atrás, diciendo: “fulano ha firmado tal cosa, tal documento basado en un conjunto de falsedades y, por lo tanto, lo hacemos conocer a la comunidad en general”. Y este “lo hacemos conocer”, circula, efectivamente, con un peso, porque ha sido emitido desde un órgano regulador, digamos, de las conductas, de las acciones profesionales de sus miembros. Cuando no hay órgano regulador, esto desaparece, no es necesario, yo creo, que el órgano regulador además administre matrículas, ¿por qué?, no me parece un paso fundamental.

El hecho es que esté fundado en el consenso, y en el consenso acerca de cuáles son los temas de agenda político-social importante. Ahora, ¿cómo estamos ahora? Ahora estamos en la absoluta ignorancia acerca de los hechos que se están produciendo ahora, o que son inminentes, que producen algún deterioro en la calidad de vida y en la administración de futuro de los grupos sociales en Argentina, no tenemos la más pálida idea. Si yo les pregunto a ustedes, qué daños puede, eventualmente, producir sobre comunidades campesinas o indígenas la represa de Garabí (anunciada por Lula y Cristina Kirchner), ¿quién sabe si va a producir daños o no?... estamos en la ignorancia del hecho. Entonces, el primer problema que tenemos es el desconocimiento de los impactos futuros de las políticas públicas, no tenemos ni idea. ¿Cómo podríamos salir a denunciar nada? Si no tenemos mecanismos para reconocerlos y para mantener actualizada esa información.

La segunda cuestión, ese cuerpo organizado debería tener un cierto consenso acerca de valores o premisas básicas sobre los cuales se deba basar la acción del Estado en general y la acción de los antropólogos en particular. Si yo te digo que un antropólogo, no importa el género, está dispuesto a certificar que los guaraníes que exigen el título de propiedad sobre siete mil, un poco más, de hectáreas, resulta que son rebatidos por ese profesional que dice: “En realidad todo lo que usan son tres o cuatro hectáreas nada más, ¿para qué quieren el resto?”. Ese profesional debería ser denunciado, esto ocurrió hace ya cuatro años, pero no hay un cuerpo colegiado donde haya un consenso respecto a que, efectivamente, ese grupo guaraní conoce, ese grupo guaraní dice y justifica que tiene derecho a las siete mil hectáreas, se las disputa a fulanete, que alega otros títulos de propiedad, ilegítimos en estas circunstancias. Aquí tenés una primera exigencia de posición por parte del grupo colegiado, ¿sí? Y, además, está el problema del juicio ético a ese antropólogo que dice que, efectivamente, los indios sólo precisan tres o cuatro hectáreas y está dispuesto a presentar esto en los estrados judiciales. No tenemos cuerpo colegiado, no tenemos la información y no tenemos cómo decirle a ese colega: “Mirá, si estás dispuesto a escribir esto,

que es una barbaridad desde el punto de vista antropológico, nosotros te vamos a denunciar como profesional mal formado, como un académico mal formado. Y como además estás inserto en las estructuras nacionales de investigación, estamos dispuestos a informarles a esas estructuras que vos estás firmando esto, que es falso". Entonces tenemos un conjunto, por ahora, de imposibilidades, de cosas que hay que construir para poder llegar a tener alguna eficacia. Lo mismo en el desarrollo de emprendimientos mineros, en fin, de tantas cosas que... Con la inversión de capital extranjero en nuestro país, o aún nacional, no sabemos nada. No hay un foro adonde uno pueda ir denunciar que se avecina tal cosa, que va a afectar a tal comunidad, en tal dimensión. Si yo le quisiera ahora decir: "Guarda, miren lo que está pasando con el desbosque, a pesar de lo que dice la ley de bosques, con el desbosque en tal área del Alto Uruguay en Misiones". ¿A quién se lo digo, a quién le denuncio esto? Seguramente no voy a pensar en el Colegio de Graduados porque sé que no me la van a poder recibir; hay que armar esto.

Yo me acuerdo cuando en el 86 peleamos mucho la Ley del Indio de la provincia de Misiones, aún en ese momento, y estaba Juan Carlos Radovich, al frente del, ya en declinación, Colegio de Graduados, fue bárbaro. Funcionó como una campana de resonancia donde de golpe llovieron sobre Misiones adhesiones de todo el mundo, porque se movió el Colegio de Graduados. Que el gobierno escuchara o no escuchara era harina de otro costal, pero estuvieron las adhesiones y se movió algo más que una comunidad nacional de antropólogos, se movió una comunidad internacional. Entonces si lo pudo hacer en ese momento el Colegio de Graduados con lo débil que estaba, imaginate si no lo puede hacer ahora con un poco de organización.

Las problemáticas de urgencia, de intervención urgente, por lo menos a nivel de agenda mediática, requieren de la información. Como te dije, si yo sé que está pasando tal cosa con la represa futura de Garabí, ¿a quién se lo cuento? ¿Dónde está el alerta que recibe la información?, bueno, entonces esto sería una manera de la participación, mantener el alerta. La otra es tratar de ver un poquito la estructura que tiene la ABA, porque tiene distintas comisiones. Porque obviamente la problemática que tiene que ver con, pongamos, represas, es ya lo suficientemente extendida y compleja como para que ahí amerite una pequeña comisión que analice la cuestión, reúna la documentación e indique al Colegio la clase de manifestación pública que hay que salir a decir, ¿entendés? Y luego en materia de política indígena, que es la otra cuestión que está en el candilero, porque el uso, la explotación de los recursos naturales, en buena medida, afectan derechos de comunidades indígenas. Entonces, la cuestión indígena debería tener también una comisión. Bueno, y así tantas cosas. Habría que pensar, entonces, esa estructura que centraliza en pequeños elencos distintas cuestiones, y esos elencos, gracias a internet, no tienen por qué estar en un solo lugar. Hay una rémora ahí en no aceptar que internet y el mail hoy son mucho más rápidos que la posibilidad de que vos y yo nos encontremos en Puán viviendo en Buenos Aires, la verdad. Yo lo noto en algunos contactos que tengo con la gente acá de dependencias oficiales de Buenos Aires, esperan a que viaje para decirme algo. ¡Diablos!, tenés el mail, querida, yo lo abro tres veces por día, me entero más rápido, tengo skype, podemos charlarlo y nos vemos,

tengo cámara, nos vemos, ¿entendés? Entonces, yo creo que hoy los medios permiten esa federalización de la organización y el focalizar temáticas y generar comisiones de trabajo y de información. Ahora, ¿cómo a su vez el Colegio las distribuye?, bueno, pues no necesita el órgano de papel de la misma manera, es decir, potenciar al mango los recursos que hoy mal que mal todos estamos teniendo.

“En la ética juega la ecuación personal”
[Sobre la ética en la práctica profesional]

AMG: Compromiso ético quiere decir que si yo sé que la usina “N” va a invadir el territorio de una comunidad campesina que vive, justamente, de la administración de ese territorio, yo, como antropólogo, voy a denunciar este hecho, me voy a negar a firmar el informe de impacto diciendo que ahí no va a pasar nada. Esto es lo ético, pero lo ético creo que no es algo que pueda ni darse por natural y esperable, que es una construcción del sujeto, ni prejuzgarse de antemano, el tipo puede asumirlo o no. Y, en segundo lugar, tiene que tener un organismo de control desde afuera: “Lo que hiciste es antitético y por eso vas a ser sancionado”. El hecho de estar en la universidad pública, por un lado... La universidad pública, al menos como yo la he vivido...yo la he vivido como un lugar donde se resguardó mi independencia y yo resguardé mi independencia. No quiere decir esto que todas las personas que están en la universidad pública tengan la misma actitud, pero yo exploté el lugar, el lugar era para eso. Y por lo tanto pude oponerme, o lo hago, criticar duramente, cuando es necesario, los poderes públicos, sabiendo que no está en juego mi seguridad laboral. Y sabiendo que cuando, en algún momento, fui objeto de alguna campaña deleznable, de última, mi conducta en el pasado era el respaldo de lo que yo decía, ¿no? Entonces, tuve, sí, muchas situaciones en relación con el tema indígena. Y más recientemente, no llegó a ser una cosa de cuestionamiento abierto, pero participé en algunas instancias de lo que fue el seguimiento de la política social de erradicaciones Yaciretá, en la que sé que claramente el castigo fue obligarme a hacer dos veces los informes, por ejemplo, criticarme cuestiones estúpidas, demorar los pagos y finalmente no renovar el contrato mío ni del equipo, porque decía cosas que no eran buenas de saber, que no debía haberlas escrito y yo las escribí. Entonces, por qué pude sostener estas posiciones, bueno, lo atribuyo nada más que a esto que les he dicho. Es decir, yo no me jugaba el alimento de mi hija, no me jugaba nada materialmente, mi empleo no estaba en riesgo, estaba en el lugar donde es posible mantener esa conducta. Si yo hubiera sido una empleada, oscura empleada del Estado en alguna dependencia o en una función como “antropóloga fusible”, posiblemente no hubiera podido hacer estas cosas, hubiera tenido que salir a vender libros en la calle para mantener mi familia. Entonces, otra vez, ¿ves?, la ecuación personal, en la ética también juega la ecuación personal, como ejercicio de la opción o como la ausencia, como ninguna posibilidad de opción.

Los sectores poderosos te imponen una mirada y vos tenés que aceptar ese achicar de tu mirada, pero allí hay también una pérdida de talento y de capacidades

que, a lo mejor, ni siquiera estás advirtiéndolo, adecuándote, como lo estás, a la circunstancia que te toca vivir. Pero hay un desperdicio, un deterioro del talento de la capacidad humana que me parece un crimen terrible, y que se ejerce en democracia, no solamente en dictadura. Obligás al otro a responder a la mezquindad de tu juicio y de tu observación, ¿qué tal? ¿sí? ... entonces, has capturado su capacidad creativa, su talento y no tenemos todo el tiempo del mundo, nuestras vidas son cortitas para andar en esos desperdicios, bueno, en fin...

El saber que, en el diario *El Territorio* (lo tengo guardado), aparece un mensaje del obispo de Misiones, diciendo que los fieles católicos no deben ver la emisión televisiva de guaraníes hecha por el SiPTeD, Sistema Provincial de Teleducación y Desarrollo, porque atenta y arremete contra la iglesia, ¿no? Y que ha comentado que “si ésa (por mí) fuera católica yo ya la excomulgo” (*se ríe*), podría haberme afectado. En realidad me dio una bronca bárbara, pero no reaccioné ante ese hecho, diciendo: “Ay, sí, yo quiero seguir comulgando”, porque en realidad no me sacaban nada. Pero sí es una demostración de qué estúpido y cerrado puede ser el que está encaramado en el banquito del poder y de cómo conduce a la estupidez a la gente este tipo de conducción autoritaria, por ejemplo, que se expresó en este momento. ¿Por qué era? Y bueno, porque ese material, que se había filmado, lo había filmado Eduardo Mignogna (un gran director que murió hace dos años), basado en materiales míos y en información que yo le daba, contradecía los argumentos para las búsquedas de financiamiento externo, especialmente europeo, que en ese momento desplegaba la iglesia en Misiones para los proyectos indígenas, que en realidad hoy por hoy son ruinas. Entonces, la exhibición de la situación social de esos indios para ese mismo obispo era un pecado, es decir, confundimos pecado con mostrar la realidad de algo que no se estaba haciendo, pero sí se decía que se hacía. Entonces, esa circunstancia, bueno y otras, realmente no tengo ganas de hablar de cosas desagradables porque en buena medida me moví de ese lugar y salí.



E: ¿Es necesario un Código de Ética?

AMG: Sí. Un Código de Ética, pero como te digo, la sanción es una sanción del colegiado que eventualmente puede compartirse y hacerse pública, que eventualmente, dado el caso, se puede informar a los organismos que financian la investigación o las universidades donde revistan estas personas. Pero no más que eso, no... no avanzaría más en reglamentación. Yo no quiero que un cuerpo colegiado de antropólogos se burocratice bajo ningún aspecto. Las burocracias siempre generan poderes de enlace, puertas de acceso, controles burocráticos, reglamentaciones que van fosilizando las organizaciones. Lo último malo que le podemos hacer a un incipiente cuerpo de este tipo es justamente servirle en el plato de la organización administrativa, que es burocrática, estas posibilidades de congelamiento, de fosilización. No, no debe ser, debe ser amplio, pero el Código sí. Un Código también lo suficientemente amplio para que todos sepamos de qué estamos hablando cuando le ponemos la firma a ciertas cosas, cuando omitimos otras cosas, cuando nos prestamos a los juegos de los dominantes sobre los dominados, ahí debe estar re claro.

E: ¿Qué te hace feliz de ser antropóloga?

AMG: Bueno, saben que tengo amigos por todos lados, sí, sí, es una cosa muy linda (*sonríe*). Y reencontrarme... Además de ser una antropóloga que vivió bastante, ¿no? Bastante tiempo quiero decir, ¿no? Siempre pienso en los que fueron quedando en el camino por distintas razones, yo, bueno, tengo una larga vida, mantengo más o menos mis aptitudes físicas, entonces me encuentro con mis amigos y eso me da muchísima felicidad. Y hay una felicidad contradictoria, que en parte se nutre también de sufrimiento y de incomodidad, a la que yo no le he dedicado mucha atención en la vida, por falta de tiempo y que ahora sí le voy a dedicar, que es la escritura. Yo dije que antes de meterme en antropología venía de escribir teatro, ¿no? Ahora, en el ocaso donde ya estaba viendo que la antropología no tiene que ser el único horizonte de mi vida, porque me estoy retirando de la etapa laboral activa, volví a escribir teatro, teatro comunitario, tengo unas cositas ahí, bastante interesantes escritas, o por lo menos que a la gente le gusta y se



ríen de lo que escribo. Y ahora es el retirarme a disfrutar de esa mezcla de placer intenso y también de bronca cuando no te sale nada en la escritura. Me hubiera hecho muy feliz saber que, por ejemplo, entre teclear la computadora y producir escritos, pongo mucha felicidad futura en eso, además pudiera retirarme y, por ejemplo, tocar el piano y hacer música, porque amo la música. Pero ahí tenés, es un talento que se me negó, mi repertorio genético no venía con el talento musical (*sonríe*), creo que viene, sí, con el talento de la escritura. Entonces escribir y escuchar música, eso me hace extraordinariamente feliz (*sonríe*), y cuando dejo eso, encontrarme con los queridos amigos de siempre, de todos los lugares, incluso, por qué no, los que fueron mis antiguos informantes que son mis amigos, entonces bueno, ese repertorio de afecto ahí también me gusta, eso me da alegría.

PS³: Al releer esta versión de la larga conversación que mantuvimos en casa de Susana Margulies, he agregado algunos nombres que en el calor de la charla no recordaba. También suprimí algunas imprecisiones, muletillas y giros verbales poco claros, con la única intención de incorporarle al texto algo de la claridad que, evidentemente, no pude transmitir en ese momento. Por último, me sorprende la diferente visión con que asumo algunas cuestiones relativas a la ciencia, la tecnología y el rol de los intelectuales en este momento. Del 2008 para acá han pasado cosas muy importantes en estos campos: los fondos para investigación, formación de postgraduados, becas, no sólo se han incrementado sino que su impacto ya se extiende a las universidades más nuevas y de las periferias. Hay mayores chances de publicación y se siguen organizando concursos docentes en todas las universidades nacionales. Los intelectuales en general han ido ganando lugares de opinión y tomado parte en importantes debates sobre las más diversas cuestiones. En tres años solamente, siento renovadas esperanzas en el impacto más o menos importante que podemos tener los antropólogos en la consideración de problemáticas nacionales graves (las que menciono en esta entrevista siguen siendo para mí cruciales: la dignidad de los pueblos indígenas, sus territorios, la cuestión ambiental, la cualidad colectiva de recursos sensibles, como los mineros, el agua, los bosques). Después de todo, no hemos “sembrado en el agua”, aunque los mejores frutos aún estén por llegar. Este estado de esperanza debe contarse también entre las cosas que nutren mi felicidad.

Ana María Gorosito Kramer
Diciembre 2011

³ Ana María Gorosito recibió la transcripción de la entrevista a fines de dar su aprobación. En la lectura del relato solicitó agregar un Post Scriptum para ser incluido en esta publicación

